

Coraje y dialéctica: Marías en la prensa

HELIO CARPINTERO*

Julián Marías acaba de reunir, en un grueso volumen, cuatro anteriores que recogían su meditación sobre España en torno a los años de la transición (1974-1981). Su conjunto ofrece hoy al lector una visión coherente, compacta, de los principales rasgos con que ese singular momento de nuestra historia contemporánea se ofrece al análisis lúcido de su autor.

Podría decirse que es esta una visión de la “transición” contemplada desde la perspectiva de la “razón histórica”, uno de los hallazgos teóricos de Ortega sobre el que también pivota el pensamiento de Marías. Se trata de comprender los hechos desde la historia, desde el acontecer que los hace inteligibles, al situarlos en su horizonte de posibilidades y de fuerzas y tensiones determinantes, y al integrarlos en la red de su circunstancialidad.

* Catedrático de Psicología. Universidad Complutense.

La meditación de Marías ha ido movida por una doble preocupación: de un lado, se trataba de ayudar a los lectores a poseer ciertas claves con que reforzar o consolidar una comprensión efectiva del momento histórico que se vivía; de otro, aspiraba a desvelar la realidad distinguiéndola de las interpretaciones que, más o menos interesadamente, se han ido produciendo desde distintos ángulos tratando de lograr determinados fines particulares. Más allá de la anécdota, las páginas del libro transmiten sobre todo un afán de poner las cosas en su verdad, usando para ello lo que Marías suele denominar “la visión responsable”, esto es, la mirada filosófica, que contempla y pone las cosas a la luz para que brillen en su mismidad.

Ese esfuerzo por mostrar las cosas desnudas —el pasado y el presente de nuestro país, su historia, su estructura, sus proyectos, sus encubrimientos y falsificaciones, los peligros y promesas de los pasos que se iban dando— hace que el libro esté hecho, sobre todo, de “coraje y dialéctica”. Escribió Ortega, contemplando el Doncel de Sigüenza: “¿Será posible? ¿Ha habido alguien que haya unido el coraje a la diálectica?” (OC, II, 47). Yo diría que sí: al menos, este libro de Marías así lo muestra.

Su autor, en efecto, demuestra su coraje: nunca teme ir contra corriente; como buen filósofo, nunca es partidario de seguir sin más “lo que se dice”, y mucho más cuando se trata de decir interesados y más o menos “non sanctos”. Y lo hace desde un temple dialéctico, desde un pensamiento riguroso, desde el análisis del tópico o el lugar común, perforados por su análisis. Para nadie es un secreto que ciertos artículos de los aquí contenidos han conmocionado en su momento al gobierno de turno. Baste recordar “La gran renuncia”, un artículo breve de enero de 1978, que movilizó el espíritu abierto, inquisitivo de Adolfo Suárez, entonces embarcado en el paso honroso de la recuperación de la libertad y la democracia para nuestro país. Hegel dijo que “los individuos no impiden que suceda lo que tiene que suceder”. En ciertos casos, tal vez; pero nuestra experiencia inmediata nos muestra por el contrario que hay personas —como Adolfo Suárez, o como Julián Marías, a cuyos nombres habría que unir sin duda otro puñado de nombres más que están en la mente de todos los españoles de hoy día— a las que sin lugar a dudas debemos la evitación de innumerables infortunios. (Marías ha escrito, y en el libro se recoge, un admirable artículo sobre ese particular sentimiento: “La gratitud por el infortunio evitado”).

No es ningún secreto la afinidad y armonía que ha experimentado Adolfo Suárez, a la sazón presidente del gobierno, respecto de las ideas de Marías sobre España. (Marías lo ha comentado brevemente en sus *Memorias-3*; Suárez lo acaba de decir ahora de modo admirable). No ha sido fruto de ninguna con-militancia, sino de afinidad y convergencia, a un tiempo, en un profundo liberalismo y en una común pasión por la realidad de España.

Ciertamente, estos artículos no son de “política”, sino a lo sumo de “prepolítica”, de opinión pública desde la cual, una vez informada y enriquecida, pueden surgir actos y elecciones y preferencias políticas. La influencia de Marías en la historia de la transición no es resultado de su condición particular de senador por designación real —que lo fue—, sino de su condición de escritor, cuya pluma lleva prendida usualmente tras de sí las miradas y las mentes de innumerables lectores, que sienten que perciben con claridad las cosas cuando las ilumina el análisis de nuestro filósofo.

No es posible leer este libro sin percibir, en el trasfondo de nuestra memoria, los ecos de muchas páginas de Ortega, singularmente de su “Vieja y nueva política” (1914), donde se contraponía eficazmente una “España vital” a otra “oficial”. Pero la disyunción orteguiana no se superpone con la que las páginas de Marías nos presentan. La primera contraponía una realidad nacional incipiente, surgiente, creativa,

impulsada por el espíritu renovador del 98, con otra fantasmal, encastillada en sus usos, sentida como ajena por los espíritus exigentes de las nuevas generaciones (la España “zaragatera y triste” frente a la otra “del cincel y de la maza”, “de la rabia y de la idea”, de que hablara en sus versos Antonio Machado). Aquí, en cambio, nos movemos entre una España “real” y otras interpretaciones —o ficciones— que la recortan, dibujan o desdibujan, al gusto de grupos activos sumamente politizados, como existen entre nosotros. A este propósito escribe Marías unas palabras que condensan toda su preocupación:

“Si los españoles empiezan a no saber lo que es España, o vuelven a no saberlo, estamos perdidos” (E.R., 1998, 580).

Los artículos que aquí se reúnen tienen ya una edad media de veinte años. Y, sin embargo, su interés y su actualidad parecen no haber sufrido menoscabo con el tiempo. ¿Por qué? Yo diría que ello se debe, sobre todo, al hecho de que *la transición no ha terminado*. Las cuestiones máximas de nuestra estructura política están sin cerrar. Hacia arriba, el lugar de España en Europa permanece aún desdibujado; nuestra capacidad de integrarnos sin sustanciales pérdidas que amenacen nuestra identidad, está aún por ver. Y por el otro extremo, el mundo de las autonomías, que tan fecundo viene resultando a la hora de revitalizar el país, tiene sus últimas líneas desdibujadas, lo que permite a muchos suponer que podrán ser trazadas en beneficio propio el día que el país se decida a dejarlas plasmadas negro sobre blanco.

La lectura del libro de Marías nos hace caer en la cuenta de esta verdad: los problemas de hace veinte años siguen siendo los nuestros. Estamos en el camino, aún no en la posada. Los artículos de estas páginas, leídas desde el presente, muestran con claridad su condición esencial de “avisos para navegantes”, informaciones de urgencia a fin de no naufragar en los bajíos de un conflicto social indeseado por la inmensa mayoría. Y muestran, con absoluta claridad, que estamos en gran medida sumidos en problemas de palabras, en conflictos, tal vez estériles pero sin duda peligrosos, acerca de cómo hablar empleando palabras como “nación”, “nacionalidad”, “España”, “Estado español”, “soberanía”, y unas cuantas más, centrales todas en la construcción de un esquema conceptual con que hablar de nuestra estructura socio-política.

Este libro no oculta ni niega ningún problema. No pone paños calientes que encubran el lugar doliente. Al revés, parece concordar con la idea de Aristóteles, de que sólo desata bien el nudo el que sabe dónde está precisamente el lazo.

Y como estamos en un país en marcha, que avanza hacia sí mismo en medio de innegables logros y también de innegables ambigüedades, la pregunta surge espontánea al término de la lectura de estas reflexiones. En efecto, ¿qué hacer?

Marías es un “profesor de energía”, como llamaban los hombres de la Institución Libre de Enseñanza a algunos de sus más preclaros maestros. Es un profesor que en cierto sentido nos propone tareas: la consolidación del respeto a la persona; la profundización en la construcción de la democracia liberal que asegure la libertad y fortalezca la seguridad; el arraigo y posesión de nuestra realidad nacional, de la totalidad de España, de su paisaje, su historia, y sobre todo de sus posibilidades y de su futuro.

Pero, se me ocurre, ¿habremos de seguir manteniendo aislados, ateniéndonos a su personal suerte, a hombres como Marías, y otros como él, que vienen acompañando nuestra vida social con sus reflexiones, sus advertencias, su sabiduría en una palabra? ¿No será hora de volver a intentar, a la altura de nuestro

tiempo, una nueva Liga de Educación Política como aquella que reuniera, a comienzos de siglo, a Ortega y Azaña, a Pérez de Ayala y Marañón, y tantos más, en busca de un espacio común donde pensar y sentir y esclarecer los problemas colectivos? ¿O no será ya hora de encontrar para ellos un lugar, cámara o consejo, senatorial o no, donde su voz cobre el eco institucional que merece la calidad y la riqueza de sus reflexiones?

La lección última del libro, en mi opinión, la ha reiterado Marías en mil ocasiones, pero es de una plena actualidad: No preguntemos qué nos va a pasar; pensemos serenamente ya qué vamos a hacer. Esta transición en que vivimos nos ha devuelto España, y la ha puesto en nuestras manos. Es el momento de pensar y de obrar.

Semejante lección no cabe echarla en saco roto.